



LA NOVENA
NOCHE

LESLEY LIVINGSTON

viceversa juvenil

LA NOVENA
NOCHE



LA NOVENA
NOCHE

Lesley Livingston

Traducido por Juanjo Estrella

 **viceversa**
EDITORIAL

NOTA DEL TRADUCTOR

La autora de la novela incluye en la narración pasajes de las obras teatrales de William Shakespeare *Sueño de una noche de verano*, también llamada *Sueño de una noche de san Juan*, y *Macbeth*. En la presente traducción estos fragmentos aparecen siempre entrecomillados y corresponden a la versión de José M^a Valverde.

Título original: *Wondrous Strange*

© Lesley Livingston, 2009

Todos los derechos reservados.

Publicado en Estados Unidos por Harper Teen, un sello de HarperCollins Publishers.

© Editorial Viceversa, S.L., 2009

Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

© de la traducción Juanjo Estrella, 2009

Primera edición: octubre 2009

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-92819-12-6

Depósito legal: M-39741-2009

Impreso por Dédalo Offset, S.L.

A mi padre

ensayos@teatroavalon.calle52
Lunes-jueves 10:00, Sábado, 11:00

En caso de pérdida,
devolvedlo, por favor
(ésto va por ti, Bob)

Guión de Kelley

Actriz suplente

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO, WILLIAM SHAKESPEARE

Dramatis personae

DUENDES Y HADAS

OSBERÓN: rey de los duendes y las hadas. Discute con su reina, Titania, por un niño «arreatado» que ésta tiene a su cuidado, y a quien el rey desea convertir en paje y criado.

TITANIA: reina de los duendes y las hadas. Es la custodia del niño mortal –un arreatado– y se niega a entregárselo a Osberón.

La discusión entre ambos monarcas ha causado mucho revuelo en el mundo de los mortales y ha traído el cambio en las estaciones del año.

PUCK: también llamado **Robin Buen Chico**. Este duende travieso es el principal asistente de Osberón. Puck convierte a Lanzadera, un ordinario artesano ateniense, en un monstruo con cabeza de asno y, a petición del maligno Osberón, hace beber a Titania una poción mágica para que la reina se enamore de Lanzadera, que temporalmente presenta ese aspecto monstruoso.

Puck, asimismo, es responsable de llevar el caos a unos amantes atenienses cuando, por error, les administra también la poción mágica.

Y también **FLOR-DE-GUISANTE, TELARAÑA, POLILLA, GRANO-DE-MOSTAZA** y otras hadas y duendes que atienden a la reina Titania.

ATENIENSES

TESEO: duque de Atenas, prometido de la poderosa Hipólita, reina de las amazonas.

HIPÓLITA: reina de las amazonas, prometida de Teseo, el poderoso y belicoso duque de Atenas.

LISANDRO: enamorado de Hermia.

HERMIA: enamorada de Lisandro.

demasiada
purpurina.
Consultar
con Mindi

Acortar la falda

Encontrar
→ unas sandalias

HELENA: enamorada de Demetrio.

DEMETRIO: enamorado de **Hermia** (aunque luego se enamora de Elena, gracias a la intercesión de Puck).

EGEO: padre de **Hermia**. Quiere obligar a ésta a casarse con Demetrio.

FILOSTRATO: Maestro de festejos de Teseo.

Reparar la oreja
de la cabeza de asno
↑

LOS ARTESANOS

(Rudos artesanos atenienses.

En el bosque, ensayando la obra que **Príamo y Tisbe** presentan a Teseo e Hipólita para los festejos nupciales.)

LANZADERA: representa el papel de **Príamo** en la obra **Príamo y Tisbe**. Es un tipo absolutamente egoísta que no tiene la menor idea de que le han convertido la cabeza en la de un asno.

Y también **CUÑA, ENSAMBLE, FLAUTA, SOPLETE, GAZUZA**, artesanos que son aterrorizados en el bosque por duendes y hadas bromistas y por un monstruo con cabeza de asno.

Estreno el 1 de noviembre

¡Dios, qué locos están
estos mortales!

«De aquí para allá,
de allí para acá;
soy temido en todas partes.
Duende, aplícales tus artes.»

Las inquietantes palabras de Puck resonaban en los oídos de Kelley cuando levantó la cabeza, luchando contra la oscuridad que amenazaba con caer sobre ella. Observó con horror que el tióvivo de Central Park se ponía en marcha con una sacudida, iluminado por la luna, que asomaba entre las nubes. Aunque no había nadie que accionara el mecanismo, la plataforma emprendió el movimiento y los caballos pintados empezaron a subir y a bajar. Los remaches dorados, las piedras preciosas que recubrían las sillas y las bridas lanzaban destellos como si cientos de seres malévolos y perversos le guiñaran los ojos a Kelley.

En el cielo, por encima del carrusel, entre nubarrones teñidos de rojo y negro y sacudidos por vientos feroces, apareció, suspendida en el aire, una figura a lomos de un brioso caballo ruano. Kelley notó el agujonazo de las lágrimas, que resbalaron por sus mejillas cuando, al levantar la vista, se encontró con los ojos del Jinete. Él la miró desde las alturas, frío, inmisericorde, sin el menor atisbo de reconocimiento en su rostro hermoso, hechizado.

El Caballo Ruano, enloquecido por la presencia del Jinete que llevaba a la grupa, relinchó, desafiante. Encabritándose, retrocedió antes de emprender el paso con cascos de fuego.

El tiovivo daba sus primeras vueltas.

Desde muy lejos, a Kelley le llegó el aullido de unos perros de caza.

El Jinete desenvainó la espada y el filo resplandeció como un rescoldo.

Kelley sintió que le faltaba el aire al constatar que el carrusel giraba cada vez más deprisa.

Unas figuras borrosas, resplandecientes, surgieron en el aire y se montaron sobre los caballitos pintados. Ávidos de sangre, con los ojos enrojecidos, blandían espadas de fuego. La contemplación de su alegría resultaba terrorífica. Bajo sus cuerpos, los caballos de madera habían cobrado vida y resoplaban y piafaban furiosos sobre la plataforma.

Y entonces emprendieron el galope. Agitando las patas, enloquecidos, se internaron en la noche, siguiendo un camino invisible que conducía al corazón de la tormenta.

Tras siglos encarcelada, inmovilizada por las cadenas de un sueño inquieto, hechizado, la Cacería Salvaje despertaba.

Era el Samhain. Esa noche cabalgarían. Esa noche matarían. Nada en el mundo detendría al escuadrón de los duendes... y menos con el Jinete y el Caballo Ruano a la cabeza de la expedición.

«Soy temido en todas partes.
Duende, aplícales tus artes.»

¿Cómo que «ascendida»? Kelley Winslow notó que se le aceleraba el pulso. Aquélla era la quinta semana de ensayos de *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, en el Gran Teatro Avalón. No importaba que los Actores de Avalón —una compañía de repertorio de tercera categoría que actuaba tan a las afueras de Broadway que, en realidad, ya casi actuaba en Hoboken— sólo hubiera contratado a Kelley en calidad de sustituta, lo que equivalía a decir que la habían contratado como auxiliar de escena. Era su primer papel de verdad como actriz después de la desastrosa experiencia escolar y, con apenas diecisiete años, se alegraba de contar con un programa de creación de currículums por ordenador. Pero ese día, recién llegada al teatro, Mindi, la directora de escena, acechaba ya dispuesta al ataque.

Kelley cargaba una caja con objetos de atrezzo que había ido a buscar a la furgoneta de la compañía, aparcada fuera, y llevaba unas alas de hada sobre los hombros. (Era la única manera de transportarlas sin torcer sus armazones de alambre.)

—¿Cómo que «ascendida»? —repitió—. ¿Qué quieres decir?

—Que no hace falta que te quites las alas, niña. —Le arrebató de las manos la caja con los cachivaches—. Nuestra querida Diva de Winter acaba de romperse un tobillo.

Está fuera de servicio, lo que implica que tú, pequeña sustituta, accedes al papel principal de Titania, la reina de las hadas, en esta función.

Kelley se quedó muda. Había soñado muchas veces con ese momento, pero por más que había visto en los ensayos a Barbara de Winter sobreactuar y aburrir escena tras escena, jamás deseó que le ocurriera nada malo. Sin embargo, en ese instante sintió, no sin una punzada de culpabilidad, que la alegría se abría paso en ella.

Llegó el momento. Ésta es mi gran oportunidad.

—¡Eh! —Mindi le dio un codazo amistoso—. Ya basta de soñar despierta. Estrenamos dentro de diez días y Quentin está... bueno, por decirlo suavemente, nuestro estimado director está algo asustado. O sea que te sugiero que te enfundes una falda de ensayo y subas tu culo de sustituta al escenario para que el Poderoso Q pueda repasar contigo tus escenas. Buena suerte.

Mis escenas. Mis escenas...

Con un torbellino de ideas en la mente, Kelley estuvo a punto de chocar con el actor que interpretaba el papel de Puck y que, en ese momento, con gran agilidad, se descolgaba por la tramoya cantando: «¿Me he puesto colorado?». Curioso, porque en realidad todo él era de color verde, de un verde pálido iridiscente, de la cabeza a los pies: pelo, piel, ojos, así como su frondosa túnica. Uno de los actores le había dicho a Kelley que se llamaba Bob, pero al parecer era un actor del Método y había exigido que lo llamaran exclusivamente por el nombre de su personaje siempre que fuera maquillado y vestido como tal. Si no, amenazaba con abandonar la producción.

Actores chiflados.

Entre él y el igualmente exigente y muy inglés director Quentin St. John Smyth, Kelley empezaba a pensar que el Gran Avalón era un manicomio. Abrió de par en par las puertas del guardarropa, rebuscó en el colgador de las faldas y se puso una por encima de los vaqueros, abotonándose la lo mejor que pudo con dedos temblorosos.

—«Hadas, escapad de aquí» —murmuró—. No, no es eso...

Oh, Dios mío, ¿cuál es mi primera réplica?, se preguntó, frenética.

—«Ésas son las falsedades de los celos...» Oh, mierda. —Se estaba quedando en blanco—. ¡Ni siquiera es la entrada correcta!

El corazón le latía con fuerza, y apoyó la cabeza en el marco de la puerta.

Esto es lo que has querido toda tu vida, se dijo a sí misma, muy seria. Todos aquellos años interpretando monólogos ante los animales domésticos de casa, todos aquellos meses suplicando a la tía Emma que le permitiera trasladarse a Manhattan para al menos intentarlo. *Ésta es tu oportunidad. Sal ahí y demuéstrelas lo que vales.*

Sintiéndose algo más segura de sí misma, aspiró hondo y recorrió a toda prisa el pasillo y la zona de bambalinas, en el preciso instante en que Puck arrojaba un puñado de purpurina al aire. Kelley ahogó un grito, sobresaltada, mientras la nube de chispas se le iba posando en el pelo, el rostro, los hombros.

—Oh, muchas gracias, Bob —susurró, sacudiéndose el polvillo dorado.

El excéntrico actor se echó a reír y se dirigió como un rayo al ángulo izquierdo del escenario. Era inútil, estaba cubierta de purpurina.

Genial, parece una bola de discoteca.

Aquellos brillos, al menos, hacían juego con su camiseta *vintage* de Mi Pequeño Poni.

—Pero, ¿va a llegar hoy? —Kelley oyó la voz airada de Quentin atronar en el teatro y sintió que el nerviosismo se apoderaba de ella una vez más. Recogiéndose un poco la falda, corrió hacia el escenario.

Una vez allí, bajo los focos, descubrió que el polvillo de hada brillaba tanto que resultaba cegador. Distráida, se vio tropezando tanto con el dobladillo de la falda como con las réplicas de su personaje. El corazón le latía cada vez más deprisa, mientras desde una de las hileras de asientos, que estaba a oscuras, le llegaban los gruñidos y resoplidos exagerados del director, que presenciaba sus ridículos traspies.

Tras cuarenta y cinco minutos, sólo habían avanzado ligeramente en la escena en que Titania hacía su primera aparición. En ese tiempo, Kelley ya había conseguido destrozar la mitad de sus réplicas, tropezarse con un banco y pisar a Oberón. Además, había estado a punto de caerse del escenario y aterrizar en el foso de la orquesta, pero, en ese momento, Quentin, misericordioso, había concedido un descanso.

—Kelley. Te llamas Kelley, ¿verdad? —No esperó su respuesta—. Bien, dime... ese fragmento que has interpretado... ¿era del *Infierno* de Dante?

—Eh... no —balbució ella, que se notaba la cara ardiendo.

—¿De verdad que no?

De ésta no salgo.

—¿Estás segura? —prosiguió él—. Porque de esta obra desde luego no era. Y la verdad es que sonaba infernal.

—Es que...

—¿Sabes? Por más..., asumámoslo, ¿de acuerdo?..., por más absolutamente incompetente que se haya mostrado nuestra anterior diva en este papel —Quentin subió de un salto al escenario y rodeó a Kelley como un tiburón al acecho—, contaba con una ligerísima ventaja sobre ti, encanto.

—Eh... ¿en serio?

—Pues sí. ¡Al menos ella se sabía el texto! —Todo el elenco de actores dio un paso atrás para evitar el radio de acción de aquella voz atronadora—. Y aunque valoro el empeño que has puesto en salir tan resplandeciente... —Kelley lanzó una mirada asesina a Bob, que de pronto parecía enfrascado en el estudio de algo oculto bajo una de sus uñas (seguramente una mota de purpurina)—..., ¿qué clase de suplente no se sabe el maldito texto?

—¡Sí que me lo sé! —protestó ella—. Bueno, me lo sabía. Hace un segundo. Entre bambalinas.

La sonrisa burlona del Poderoso Q aumentó de tamaño.

—Vaya, eso es maravilloso. En ese caso, lo mejor será hacer pasar a los espectadores al camerino, de dos en dos, o de tres en tres, y actúas para ellos allí.

—Yo...

Oh, Dios mío, pensó Kelley. *Esto es igual que en la escuela de teatro.* La sangre le latía con fuerza en los oídos, y por un momento le pareció que iba a desmayarse. O a vo-

mitar. Delante de todo el mundo. Se ruborizó sólo de pensarlo.

—A menos que tu maravillosa predecesora se cure milagrosamente, tienes menos de dos semanas para aprenderte el papel. Menos de dos semanas. Esta producción se estrena el 1 de noviembre, nieve o truene. Y por lo que veo, seguro que sucederán ambas cosas. —Se volvió bruscamente sobre sus talones y agitó una mano para despedir al personal—. Está bien, muchachos, paramos para comer. No tiene sentido prolongar más esta situación absurda. A las dos en punto todos aquí para las escenas corales. Y tú —añadió, mirando a Kelley fijamente—, estudiate el texto, maldita sea.

El teatro no tardó en quedar desierto. Nadie parecía interesado en demorarse mucho después de aquello, y mucho menos de permanecer cerca de la nueva Titania. Kelley avanzó a trompicones hasta la salida, y una vez en las escaleras exteriores se derrumbó.

—¿Kelley?

Se volvió al oír su nombre, pronunciado por el caballero Jack Savage, el actor que representaba el papel de Oberón, el rey de los duendes y las hadas. Era un veterano de las tablas. A sus cincuenta y pocos, su presencia resultaba imponente y poseía una voz capaz de fundir el hielo o desconchar la pintura, dependiendo de cómo decidiera emplearla.

—Hola, Jack —dijo, secándose los ojos, avergonzada.

—Pardiez, querida —replicó él, cortés—. Sé que el Poderoso Qaúlla como un alma en pena, pero, en serio, no debes consentir que ese viejo necio te altere. —Se sentó a su lado, en el peldaño, desenroscó la tapa de su destarta-

lado termo y se sirvió un poco de café. El aroma intenso, tostado, de aquel grano colombiano la reconfortó.

Kelley le dedicó una sonrisa compungida.

—Jack... supongo que sabes que la gente, la mayoría de la gente, no usa la palabra «pardiez» en una conversación normal, ¿verdad?

—Pues yo he iniciado en solitario una cruzada para volver a ponerla de moda, junto con «voto a bríos» y «vive Dios», sin olvidar «repámanos». —Tomó un sorbo de café y le dio una palmadita en la rodilla con afectación paternal—. Todos tenemos una misión en la vida, querida. Y ésta es la mía, por más quijotesca que resulte.

—¿Y si no es mi caso? —Kelley mantenía la mirada fija en las puntas de sus zapatillas deportivas, esforzándose por reprimir las lágrimas. Sentía, o mejor dicho, sabía, que acababa de arruinar su gran oportunidad—. ¿Y si no tengo una misión, quiero decir, un destino?

—Imposible.

—¿Por qué? —Alzó la vista para mirarlo, ansiosa por conocer su sincera opinión.

Jack arqueó una ceja gris, elegante.

—Soy el rey de los duendes y las hadas, querida —le dijo, guiñándole un ojo—. Y todos esos polvos mágicos me han proporcionado grandes dotes de observación.

—Jack, hablo en serio.

—Yo también. —El actor cambió de gesto y compuso un rictus serio—. Kelley... tienes diecisiete años. Estás sola en Nueva York. Y persigues un sueño que casi toda la gente en sus cabales consideraría inalcanzable, o una completa pérdida de tiempo. Créeme, sé de qué hablo. Y eso indica que, o eres una persona muy atrevida, o estás loca. Yo,

personalmente, sospecho que hay un poco de todo. Y también que eres de esas escasas personas con el talento natural suficiente para arriesgarse y probar suerte.

Kelley soltó una risotada escéptica.

—Pero ya has visto lo que he hecho ahí dentro, ¿no?

—Y lo he oído, sí —se burló Jack—. Te has equivocado casi en la mitad de tus réplicas. Pero a mí no me importa lo que diga Quentin. Para ser la primera vez, no ha estado nada mal. Bueno, algo mal sí ha estado, pero no del todo. Ésa es la cuestión. Ha estado algo mal, pero también algo bien.

—¿De veras... de veras lo crees? —le preguntó Kelley, intentando averiguar si hablaba en serio.

—Lo creo sinceramente, sí. —Jack se encogió de hombros y apuró el café—. Tienes voz. Tienes presencia. Y, más importante aún, tienes corazón, pasión, y eres terca como una mula, cosas que podrían llevarte a lugares que la mayoría de nosotros ni nos atrevemos a imaginar. —Enroscó la tapa del termo—. Llámalo destino, o misión en la vida, pero sea lo que sea, tienes algo especial, y en grandes cantidades.

Kelley no estaba convencida del todo, pero sonrió, agradecida por su bondad.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que tienes un poco de oro, Jack?

—Muchas veces. Aunque, por desgracia, ninguno era crítico teatral.

—Gracias.

—No hay de qué, querida. —Levantándose, Jack se llevó la mano a un sombrero imaginario y le dedicó un saludo, antes de regresar al interior del teatro.

La segunda parte del ensayo también terminó antes de tiempo, pero en esa ocasión no fue culpa de Kelley. (Habría sido difícil equivocarse en las réplicas, pues le habían pedido que ensayara con el texto en la mano.) Aunque a ella le resultaba humillante no saberse el papel a tan pocos días del estreno, la compañía avanzaba en las escenas corales a tal velocidad y con tan buenos resultados que Quentin sólo logró intercalar unos pocos comentarios descafeinados.

Al cabo de un par de horas dejó marcharse a casi todos los actores, menos a las dos jóvenes que daban vida a Herminia y Helena, porque quería trabajar en sus monólogos. Como comentó con agudeza, y en voz muy alta —para que Kelley tomara nota—, «ellas sí se saben el papel».

Mejor para ellas, pensó Kelley mientras se ponía la ropa de calle. Recogió sus cosas y salió de allí a toda prisa, antes de que el Poderoso Q cambiara de opinión.

En el exterior, el cielo de octubre lucía un azul intenso y el aire era tibio. El sol brillaba con fuerza, y a Kelley le vinieron al recuerdo los días otoñales en los Catskills. Al instante, la invadió la nostalgia.

¿Por qué estoy haciendo todo esto?, se preguntó.

En los seis meses que llevaba en Nueva York, no se había cuestionado ni una sola vez las grandes decisiones que había tomado en su vida: graduarse lo antes posible en secundaria y abandonar sus estudios teatrales para trasladarse a la ciudad, dejando atrás a los pocos amigos que tenía, además de a su tía Emma, que la había educado tras la muerte de sus padres, hacía doce años. Kelley era todo lo que Emma tenía, y sentían adoración la una por la otra; pero Kelley, en lugar de continuar sus estu-

dios en la cercana universidad estatal, lo que le habría permitido visitar a su tía los fines de semana, se había ido a vivir a la ciudad más dura de Estados Unidos, persiguiendo un sueño egoísta para el que —había que reconocerlo, se decía a sí misma— al parecer no servía. Por más que dijera Jack.

Aminoró el paso al llegar a la Octava Avenida, con pocas ganas de subir a la cuarta planta del edificio, a aquel apartamento que ahora era su hogar. Claro, para ella, el hogar era otra cosa. Era cielo, hierba, árboles, bosques desde su vieja ventana. Y paz.

Kelley se detuvo en la esquina de la Calle Cincuenta y Cinco. Central Park quedaba a unas pocas travesías. Allí sí encontraría árboles y hierba, y bancos en los que sentarse tranquilamente a repasar el texto, lejos del bullicio de la ciudad. Sin pensarlo más, dio media vuelta y, acelerando el paso, enfiló hacia el este.

S onny Flannery abrió los ventanales y salió a la terraza de su ático. Con la agilidad de un gato, subió de un salto a la amplia barandilla de granito. Sin dejarse impresionar por las diecinueve plantas que lo separaban de la calle, se apostó allí, como una gárgola, los codos apoyados en las rodillas y las manos, largas y finas, colgando frente a él, mientras contemplaba las sombras vespertinas de los innumerables rascacielos de Nueva York alargarse sobre Central Park.

Era demasiado temprano aún, no había motivo para el nerviosismo que sentía. Todavía faltaban varias horas para que se abrieran las Puertas y, sin embargo, la mera idea de lo que se avecinaba hacía que la adrenalina resonara en sus venas como un canto de sirena. En una ocasión había oído un canto de sirena de verdad, y no había sido nada bonito. Atractivo, sí, pero bonito, no. Por debajo de la melodía encantadora y desgarradora de las sirenas, lo único que Sonny había oído eran las notas discordantes del hambre y la ira. Necesidad. Locura y pesadillas. Compulsión.

La clase de compulsión que lo llevaba a bajar cada noche al parque, desde hacía un año, a fin de prepararse para lo que estaba por venir cuando las Puertas del Samhain se abrieran y lo único que se interpusiera entre el Otro Mundo y el reino mortal fueran ellos, los Trece Guardianes, conocidos como los Trece Janos.

Aquél era su primer año de servicio en el grupo, y sería la primera vez que custodiaría las Puertas. La impaciencia lo devoraba.

La brisa de octubre era fresca, y más a semejante altura, pero, incluso sin camisa y descalzo, con sólo unos vaqueros puestos, a Sonny no le afectaba el frío. Por eso, cuando la temperatura cayó en picado en el apartamento, a su espalda, lo presintió de inmediato.

—Señor —dijo sin volverse a mirar—. Bienvenido.

—Sonny. —El saludo le llegó flotando por el aire.

Desde su puesto de vigía, en la balaustrada, Sonny volvió la cabeza para encontrarse a Oberón, rey de la Corte de los Duendes Malignos, apoyado en el quicio de la puerta. El pelo, una mata negra como el azabache salpicada de hilos de plata, le caía por los hombros y la espalda a capas espesas. Llevaba un manto hecho con pieles de lobo.

—La puerta —dijo Oberón con su voz grave y melodiosa, en la que resonaban los chasquidos de un lago helado al resquebrajarse en una noche de invierno— no estaba cerrada con llave.

—Lo sé. Los visitantes indeseados jamás pasan del mostrador de recepción del edificio. Y los otros no suelen llegar en ascensor, por lo que normalmente no me molesto en cerrarla.

Sonny sabía muy bien que Oberón no había entrado franqueando la puerta. Al rey del Invierno, señor de lo Maligno, no le hacían falta aquellas nimiedades llamadas «Puertas». Se limitaba a mostrarse educado. A su particular manera, claro.

El rey de los duendes torció el gesto.

—¿Indeseados?

—No me refiero a vos, señor. Por supuesto.

Sonny sonrió y saltó al suelo de la terraza. Sus pies descalzos atravesaron el espacio abierto sin producir el menor ruido.

—Por supuesto.

—Me refería a que muy pronto tendré que preocuparme de mantener cerradas muchas puertas.

—Así es. —Los ojos fríos de Oberón resplandecieron.

—En cualquier caso, estáis en vuestro apartamento.

—Sonny alargó la mano y señaló con ella la sucesión de suelos pulidos y muebles caros—. Yo sólo vivo en él.

Era cierto. Los decretos de Oberón prohibían a los duendes todo contacto con el reino de los mortales, y sus encantamientos hacían prácticamente imposible que ese contacto se produjera. Pero, en tanto que rey de la más poderosa de las cuatro Cortes de los duendes y las hadas, Oberón podía entrar y salir de él a su antojo. Llevaba años haciéndolo, y de tanto tratar con los humanos, el monarca había amasado un impresionante catálogo de valiosísimas propiedades, entre ellas el ático esquinero de Sonny, con vistas a Central Park West. Para la mayoría, la palabra «suntuoso» se habría quedado corta para describir la vivienda del joven jano; muchos neoyorquinos estarían dispuestos a vender partes de su cuerpo por hacerse con un lugar como aquél. Pero Sonny se había criado rodeado del esplendor de los palacios de Oberón.

Sonny era un «arreatado», un ser humano raptado del reino de los mortales por unos seres de naturaleza divina que no solían engendrar criaturas propias. Como tardaban un siglo entero, en vez de unos pocos años, en al-

canzar la edad adulta (pues en el Otro Mundo el tiempo se comportaba de un modo distinto a como lo hacía en el reino de los mortales), los arrebatados servían de hijos adoptivos de hadas y duendes, caminaban por brillantes salones de palacios esplendorosos, y descansaban y comían opíparamente bajo pérgolas y doseles. Eran mortales convertidos casi en inmortales, y vivían en aquel lugar ajeno al tiempo, de ensueño, consentidos o ignorados por sus caprichosos amos, a veces adorados, en ocasiones torturados. Pero siempre sometidos a los designios de los duendes.

—¿Te resulta adecuado el alojamiento? —La voz del rey sacó a Sonny de su ensimismamiento.

—No es un hogar, si es eso lo que preguntáis.

—No, no es eso lo que preguntaba.

—Por supuesto, señor. —Sonny inclinó la cabeza, recordando quién era él, y con quién estaba hablando—. El apartamento está bien. Gracias.

—Qué suerte que el anterior inquilino lo desalojara a tiempo para que tú lo ocuparas.

—El año pasado un glaistig le rebanó el pescuezo.

—En efecto. —El rey esbozó una sonrisita cruel—. Pero fue algo fortuito.

Sonny decidió cambiar de tema.

—¿Puedo ofrecerles un refresco?

—La ocasión exige que sea yo quien te lo ofrezca. —Oberón se desplazó hacia el interior de la sala, arrastrando a su paso un viento frío. De pronto se volvió sosteniendo en la mano una botella oscura rematada por un tapón de seguridad plateado. Instantáneamente, a Sonny se le hizo la boca agua. Vino de duendes. Las libaciones de los

mortales no alcanzaban ni por asomo la perfección de sabor del licor que contenía aquella botella. Al rey pareció divertirle la expresión de Sonny—. Debemos celebrar tu primer año como guardián jano.

—Sois muy amable, señor. Pero todavía no he sido puesto a prueba.

—Si tuviera la menor duda de que lo harás bien, no estaría aquí, muchacho. Claro que... tampoco estarías tú. —Sonny no sabía a ciencia cierta si el rey de los duendes hablaba en serio o en broma. Vio que Oberón cogía dos copas de vino del estante de la cocina. Tras girar hábilmente el tapón plateado de la botella, sirvió el líquido chispeante con mano generosa—. No tengo queja —prosiguió, encogiéndose de hombros en un gesto elegante y tendiendo una copa a Sonny—. Eres el mejor jano que he escogido nunca. Mejor incluso que Maddox, y que Fennrys el Lobo.

Sonny reprimió el impulso de salir en defensa de su amigo Maddox, consciente de que no era sensato mostrar sus discrepancias ante un halago del rey.

—Felicidades —brindó el monarca—. Y buena cacería.

Sonny levantó también su copa y tomó un sorbo de vino, silenciando el gruñido de placer que le provocó su sabor. El vino de los duendes burbujeaba de tal modo que parecía hecho de estrellas diminutas.

—Titania te envía recuerdos.

El placer que le causaba el vino se esfumó al momento y se estremeció al pensar en la reina de la Corte Benigna, Titania, poseedora del encanto elemental y la belleza de una tormenta de verano... E igual de peligrosa.

—Te desea suerte.

Apuesto a que no ha especificado si se trata de buena o de mala suerte, pensó Sonny, pero fue lo bastante prudente como para guardarse para sí sus reflexiones.

—¿Significa eso que la reina del Verano y vos mantenéis relaciones cordiales, señor?

—De momento.

Por supuesto, en el Otro Mundo —en el reino de los duendes—, el tiempo no significaba nada. Un «momento» podía durar años... o desvanecerse en un instante. Al menos, pensó Sonny, si el trato entre Oberón y Titania era civilizado, eso significaba que ella no interferiría mientras duraran las Nueve Noches, lo que suponía todo un alivio. El Verano y el Invierno casi nunca se ponían de acuerdo. Sonny se preguntó fugazmente por las otras dos cortes —las conocidas como Cortes Sombrías—, y por sus respectivos e impredecibles monarcas. La reina Mabh, gobernante caprichosa de la malévola Corte Otoñal, y Gwyn ap Nudd, el raro y misterioso señor de la Primavera. Las alianzas entre los monarcas resultaban traicioneras, cambiaban constantemente, y a Sonny le maravillaba la maestría de su señor para mantenerse a flote en medio de aquellos mares procelosos.

Oberón dio unos pasos al frente e indicó a Sonny que lo siguiera hasta el balcón. Durante un instante prolongado, permanecieron en silencio, apoyados en la balaustrada. Mucho más abajo, se extendía, bucólico y sereno, el manto verde de Central Park.

—No me falles, Sonny.

—No os fallaré, señor.

—Y este año, menos que ninguno. No debes fallar.

Un silencio denso se instaló entre ellos, y Sonny miró a Oberón de reojo. La piel, pálida y perfecta en torno a los ojos del rey, estaba tensa; pero tenía el ceño fruncido.

—Parecéis... preocupado, señor. Incómodo...

Oberón se volvió, murmurando para sus adentros, como si el joven jano se hubiera esfumado y él estuviera solo.

—Mis súbditos se aferran a las cadenas de la Entrada del Samhain con uñas y dientes. Golpean las Puertas, unas puertas que yo he cerrado, con mazas y espadas. Serían capaces de arrancarse brazos y piernas unos a otros, de morir aullando, por atravesar esa rendija infernal que separa el mundo de los duendes del de los mortales. Por pasar de allí hacia aquí. Para conocer este... reino enfermo, contaminado. ¿Qué parecería yo entonces... —preguntó el rey de lo maligno—... si permitiera que escaparan de mi reino... para retozar con mortales? —Más que pronunciarla, esta última palabra la escupió de los labios.

—Yo soy... mortal, señor —observó Sonny en voz baja.

—Tú eres un jano. Yo te he creado. La mortalidad no tiene nada que ver contigo. —Oberón echó hacia atrás la cabeza yapuró el resto del vino de un trago—. A menos que mueras, claro está.

El rey de los duendes subió de un salto a la balastrada. Abriendo mucho la capa, se arrojó a la nada y el aire se arremolinó a su paso como una voluta de humo.

En su lugar, un halcón de alas negras como el azabache sobrevoló el parque, piando con furia.

Menos de media hora después, Sonny acechaba los senderos tortuosos de la Ramble, en Central Park, como un gato cazador, proyectando la mente para tocar las cuatro esquinas de la Puerta del Samhain.

A menudo se preguntaba qué pensarían los neoyorquinos si alguna vez descubriesen la verdad sobre su adorado Parque Central: que los más de tres kilómetros cuadrados de santuario verde, ondulado, situado en pleno centro de la ciudad, no eran más que un disfraz, una fachada construida con esmero para enmascarar la puerta de separación entre el mundo de los mortales y el Otro Mundo, el de los duendes.

Hacía apenas un siglo y medio que existían cuatro puertas como aquélla: Samhain, Beltane, Imbolc y Lúnasa, repartidas por el Viejo Mundo: pasajes por los que los espíritus podían ir y venir, relacionarse con el mundo de los mortales. Pero una vez los duendes y las hadas empezaron a emigrar masivamente al Nuevo Mundo a través del mar, las Cortes de los duendes decidieron reubicar una de las Cuatro Puertas en esa nueva tierra en la que se habían instalado tantos mortales, que, además, creían en duendes.

Cuando, a finales del siglo XIX, empezó a construirse Central Park, la Puerta del Samhain quedó en el interior de sus confines. Oculta para la población de la ciudad, se fundió sin fisuras, de modo invisible, con el creciente oasis urbano, proporcionando un patio de juegos perfecto para quienes cruzaban del otro lado, un lugar de naturaleza exuberante y, por eso mismo, un hábitat natural para hadas y seres mágicos en medio de la cada vez más frenética actividad urbana.

La Puerta del Samhain proporcionó diversión sin límites para los habitantes de ese Otro Mundo de los espíritus, pero no duró mucho.

Unos decenios después de que concluyeran las obras del parque, a principios del siglo XX, Oberón se ocupó personalmente de cerrar las cuatro Puertas. Airado por una transgresión mortal, el rey pronunció un encantamiento que las sellaría para siempre, de modo que el reino de los duendes y el de los mortales quedaran separados.

Pero el hechizo de Oberón no salió del todo bien.

En una de las puertas había quedado un resquicio.

La puerta que se alzaba en el centro de la bulliciosa metrópolis que era Nueva York se abría una vez al año, desde que se ponía el sol el 31 de octubre hasta que salía el 1 de noviembre. Y no sólo eso: cada nueve años, la puerta permanecía abierta de par en par durante nueve noches, siendo la del Samhain la última de ellas.

Por eso Oberón había decidido que, ya que no podía mantener cerrada la puerta, congregaría, desde todos los reinos de los duendes, a los arrebatados más prometedores de entre los mortales. Tras reunir a trece de ellos, los había entrenado y dotado de las habilidades que les permitirían custodiar la puerta en su nombre.

La recién creada Guardia de Janos no dejaba de resultar algo contradictoria. Pero se trataba de un grupo bastante pragmático que comprendía la realidad de la situación: o servían al rey de los duendes, o morían. Así que todos decidieron servirle.

De hecho, le sirvieron tan bien que la mayoría de ellos no pudo regresar a casa, a su vida en el Otro Mundo. La Guardia de Janos había llegado a adquirir una reputación

tan temible que sus integrantes no eran bienvenidos en ninguna parte; los rechazaban por asesinos y los llamaban «monstruos» los mismos duendes que, en tiempos pasados, los trataban como mascotas y juguetes; la suya era una vocación solitaria.

Sonny apartó de su mente aquella idea y se concentró en la Puerta. En su condición de jano, no sólo era capaz de percibir el parque, sino que «sentía» a todas las criaturas que vivían en él. Parpadeaban en su mente como llamas de vela: de color amarillo, pálido..., si eran humanos. Esa noche percibía menos que de costumbre. Según le habían dicho, los humanos tendían a evitar el parque de modo instintivo cuando la Puerta se abría.

Diseminadas aquí y allí por todo el perímetro del parque, sentía las otras llamas: azules y verdes, unas pocas rojas. Se trataba de los duendes perdidos, los que habían logrado escapar con éxito al control de los janos en los años pasados y que, una vez cruzado el umbral, vivían en secreto en el reino de los mortales. Aquellos seres no eran de su incumbencia, y desaparecerían mucho antes de que se pusiera el sol, para no cruzarse con los janos.

Pero había algo más.

Algo –alguien– distinto había entrado en el parque.

Concentrándose, Sonny proyectó la mente hasta notar una presencia... muy diferente del resto. Aquella llama no ardía con brillo constante, sino que chisporroteaba errática, como el resplandor de la pólvora.

Alertados sus sentidos de jano y avivada su curiosidad, decidió investigar. Aquella presencia extraña se movía despacio. Serpenteaba de modo tortuoso, y reconoció que seguía uno de los senderos de la zona del par-

que conocida como jardín de Shakespeare. Miró hacia el cielo. Faltaba una hora exacta para el crepúsculo y la apertura de la Puerta. Intrigado, echó a correr en pos de aquella chispa.

Cuando llegó al lugar donde la «pólvora» se había detenido, aminoró el paso y se aproximó con cautela. Recurriendo a los poderes mágicos de los que Oberón le había dotado, se cubrió con un velo sutil de invisibilidad, por si su presa contaba con la habilidad de percibirlo; aún no sabía con quién estaba tratando.

Se acercó lo bastante como para echar un vistazo, pero seguía sin saber de qué se trataba. Era una chica. Eso sí. Incluso desde la distancia veía que era bastante joven. Diecisiete años, tal vez. Él, por su parte, tenía dieciocho —de edad mortal—, como máximo...

Y también veía que era guapa. Su pelo era del color del cobre bruñido y tenía los ojos verdes y separados. Intrigado, avanzó con sigilo sobre las hojas secas y se agazapó entre las sombras espesas de un tejo. A través de las ramas de su escondite observó a la joven, que caminaba, inquieta, de un lado a otro de la placita arbolada, dándose golpecitos en los dientes con una uña.

Entonces empezó a murmurar algo para sus adentros y a gesticular con las manos.

Vaya, suspiró Sonny. Otra loca de Central Park.

Los mortales chiflados, los que no estaban del todo bien de la cabeza, aparecían a veces de modo distinto en su radar. Ése debía de ser el caso de aquella joven, pensó. Y, sin embargo, mientras se volvía para alejarse, se dio cuenta de que lo que transmitía era una inmensa decepción.

La voz de la muchacha se elevó de pronto.

—«No desees salir de este bosque.»

Sobresaltado, Sonny miró hacia atrás y vio que apuntaba en su dirección. Se quedó petrificado, sin aliento. Aquella chica no podía saber de ninguna manera que él estaba ahí. Al escondite que le proporcionaba la vegetación se sumaba el velo mágico con el que se había cubierto.

—«Te quedarás aquí, lo quieras o no» —añadió claramente, con voz enérgica.

Sonny vio que todo el cuerpo de la muchacha resplandecía. El pelo, la piel, aquellas manos alargadas, elegantes; todos y cada uno de los poros de su piel parecían irradiar destellos.

—«Yo no soy un espíritu de naturaleza vulgar» —prosiguió la muchacha, radiante, elevando las comisuras de los labios hasta dar forma a una sonrisa juguetona.

¿Un espíritu?, pensó Sonny alarmado de pronto.

—«...el Verano todavía sigue sirviéndome en mi séquito» —dijo, y dio un paso hacia él, con la mirada perdida, llena de ensoñación.

El Verano... Sonny sintió que un pánico creciente le atenazaba la garganta. *Por favor, no, que no sea una de las criaturas de Titania...* Se puso en pie, preparándose para salir disparado.

—... «Y te quiero.»

¿Qué?

Sin darse cuenta de lo que hacía, Sonny había empezado a extender una mano entre las ramas, en respuesta a aquellas palabras, pero la apartó al momento, con brusquedad. ¿Qué era exactamente aquello con lo que se había tropezado? De pronto se fijó en la camiseta que la jo-

ven llevaba bajo la chaqueta abierta, el poni brillante, el arco iris... y la palabra «princesa»... Sonny notaba que el corazón le latía con demasiada fuerza.

—«...Te daré hadas que te sirvan...»

Su voz, dulce como la miel, lo tentaba con su música, lo tenía cautivo y sumiso.

—«... Y te traerán joyas del abismo del mar, y cantarán mientras duermas recostado sobre las flores...»

El tono poético de aquellas palabras le dio la clave.

Aquello le sonaba muchísimo, y al caer en la cuenta de su procedencia sintió como si le hubiera golpeado una maza.

¡Oh, por los siete infernos!, maldijo apretando los dientes. Su amigo Maddox se burlaría de él hasta el final de los tiempos si le contaba lo sucedido. Lo que, por supuesto, no pensaba hacer. Miró con animosidad a la joven, aun sabiendo que ella no podía verle.

Esbozando una sonrisa encantadora, la muchacha añadió:

—«De materia corpórea voy a liberarte, y andarás como un espíritu del aire.»

Luego se alejó, dio media vuelta y miró coqueta por encima del hombro, como si lo llamara con la mirada.

Aunque, claro, no lo llamaba a él. Sonny sintió una punzada de pesar.

Y entonces, de un modo abrupto, la joven se detuvo en seco y su humor cambió completamente. Apretó los puños y giró en una especie de danza contenida. Sonny la observó en silencio mientras ella recogía un papel que reposaba sobre el banco, junto a su bolso. Tras dar unos golpecitos a la hoja, estalló:

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea. —Propinó un puntapié al suelo, y se hizo daño en un dedo con una piedra cubierta de musgo—. ¡Ah!

Sonny soltó el aire despacio, divertido a su pesar.

Era un guión, un papel. Aquella chica era actriz.

Que una niña más bien ridícula le hubiera hecho creer que tal vez era... Sonny se interrumpió antes de seguir por ese camino. Él era un jano. Él, más que nadie, debía ser capaz de percibir la diferencia. Dispuesto a alejarse, se volvió para observar a la muchacha un último segundo.

Ella se acercó torpemente a otro banco y se sentó con ímpetu. Luego se echó hacia delante, enterró el rostro entre las manos y sus hombros se agitaron al ritmo de los sollozos.

Sonny no daba crédito.

Debía irse. Debía dejar sola a aquella criatura patética para que se recreara a gusto en su tristeza. Sí, sin duda debía irse.

Pero en vez de eso, miró alrededor en busca de algo que pudiera servirle en aquel jardín decrepito. Descubrió un rosal con una última flor marchita. Los pétalos se aferraban a la corola formando un racimo mustio, y las hojas del tallo estaban tan secas que parecían de polvo.

Servirá, pensó, arrancándola. Al tocarla, la flor tembló, se estremeció entre sus dedos y fue recobrando su color. Los pétalos se desplegaron hasta adquirir un tono melocotón profundo, cremoso, y las hojas recuperaron el verde intenso. Sonny inspiró profundamente y salió de la espesura.

—Discúlpeme... señorita...

La joven levantó la cabeza súbitamente y se le desprendió del pelo una nube de purpurina. Acercó la mano a su enorme bolso y la hundió hasta el codo en sus profundidades.

Qué tonta, pensó Sonny, procurando que su expresión no delatara su pensamiento. *Si quisiera hacerte daño, ya podría habértelo hecho.*

En los ojos de la muchacha vio un destello de temor. Pero sólo un destello. Y eso le impresionó.

—Lo siento. No era mi intención sobresaltarte. —Vio que seguía hurgando en el bolso—. Si estás buscando un spray de autodefensa, no es necesario. Sólo quería darte... esto. —Le tendió la rosa—. Me ha parecido que no te vendría mal algo... bonito.

El rostro de la muchacha pasó de la preocupación al asombro.

—Vaya —dijo en voz baja. Alargó una mano vacilante, mientras alzaba la vista para mirarla. Él dio otro paso al frente y le entregó la flor con gran ternura.

—Es muy bonita —susurró ella, contemplando la rosa perfecta que sostenía en la mano. Su perfume embriagador impregnaba el aire, y la muchacha aspiró hondo, esbozando una sonrisa—. Gracias.

Pero, cuando volvió a mirar hacia arriba, descubrió que él ya no estaba.